

San Bernardo

CÓMO LA ESPOSA, O SEA LA IGLESIA, ANSÍA SER ARRASTRADA EN POS DE CRISTO

2. Sentiría yo de este modo si hubiera dicho: Atráeme a ti; mas como dice en pos de ti, paréceme pide más bien poder seguir las huellas de su vida, imitar sus virtudes, guardar las normas de su conducta y abrazar la perfección de sus costumbres, pues necesita principalmente de esos auxilios para renunciarse a sí misma, llevar su cruz y seguir a Cristo. La Esposa, sin duda, necesita, para llegar a tan alto grado de virtud, ser atraída, y no por otro, sino por Aquel que dice: Sin mí nada podéis hacer. Yo sé, dice ella, que no puedo llegar hasta ti sino caminando en pos de ti, y que tampoco puedo caminar en pos de ti si tú no me ayudas; por eso te pido me traigas tú mismo en pos de ti. Porque dichoso el varón a quien tú auxilias y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar santo"- y llegar algún día a ti, que moras en los montes eternos, donde se disfruta de inefable alegría. ¡Cuan pocos, Señor Jesús, los que quieren ir en pos de ti, aunque nadie hay que no desee llegar a ti, sabiendo todos que en tu diestra hay delicias sin fin! Todos quieren gozar de ti, mas no todos quieren imitarte; quieren reinar contigo, pero no quieren padecer contigo. Tal era aquel que decía: Muera yo la muerte de los justos, y el fin de mi vida parézcase al suyo. Deseaba el fin de los justos, mas no deseaba sus principios. Aun los hombres carnales desean la misma muerte que los espirituales, cuya vida aborrecen, sabiendo que la muerte de los santos es preciosa delante de Dios, el cual, después que haya hecho morir en paz a los que ama, les dará parte en la herencia del Señor. Saben también que son dichosos los que mueren en el Señor; mientras que, según la palabra del profeta, la muerte de los pecadores es pésima. Además no hacen por buscar a Aquel a quien desean hallar, pretendiendo alcanzarle sin seguirle. No eran de este número aquellos a quienes El decía: Vosotros sois los que habéis permanecido siempre conmigo en mis tentaciones. Dichosos los que fueron hallados del todo dignos, ¡oh buen Jesús!, de recibir de ti testimonio tan ventajoso. Ellos, sin duda, iban en pos de ti, no sólo con los pies del cuerpo, sino con todos los afectos de su corazón, que son como pies espirituales del alma. Tú les has mostrado el camino de la vida, llamándolos a seguirte a ti, camino, verdad y vida, y que les dijiste: Venid en pos de mí, que yo os haré pescadores de hombres. Y también: El que me sirve, sígame; y donde yo estoy, allí estará también mi servidor. Ellos, a su vez, decían: Mira, Señor, que nosotros lo hemos dejado todo por seguirte a ti.

3. Así también tu Amada, dejando todas las cosas por ti, ansia ir siempre en pos de ti, caminar siempre sobre las huellas de tus pasos y seguirte por donde fueres, sabiendo que tus caminos son hermosos, que todos tus senderos son de paz y que quien te sigue no anda en tinieblas. Te pide y suplica que tú mismo la atraigas, porque tu justicia es más alta que las más altas montañas, y ella no puede llegar allí por sí misma. Te ruega la atraigas, porque nadie puede ir a ti si tu Padre no le atrae. Y, si bien es cierto que

aquellos a quienes tu Padre atrae, tú también los atraes, por cuanto las obras que el Padre hace, el Hijo igualmente las hace, mas como Ella tiene más familiaridad con el Hijo, a El dirige esta petición, al ser su propio Esposo, que el Padre ha enviado delante de ella para que sirva de guía y maestro que ande delante de ella en el ejercicio de las buenas obras, a fin de prepararla el camino de las virtudes, comunicarla su ciencia, enseñarla las sendas de la sabiduría, darla la ley de vida y de ciencia y hacerla tan perfecta que con razón pudiera El codiciar su hermosura.

4. Atráenos tú mismo en pos de ti, y correremos al olor de tus ungüentos. Precisamos ser atraídas, porque el fuego de tu amor está algo enfriado en nosotras, y esta frialdad nos estorba correr a todas horas, como hacíamos ayer y en días pasados. Mas correremos ligeras en dándonos la alegría de poseer a tu Salvador; cuando el Sol de justicia derrame sobre nosotras su calor vivificante; cuando la nube de la tentación que ahora lo oculta se haya disipado, y cuando, al soplo placentero del manso céfiro, sus perfumes comiencen de nuevo a esparcirse, difundiendo por doquier su exquisita fragancia. Entonces sí que correremos al olor suavísimo de aquel perfume. Correremos, repito, en sintiendo el olor de tus perfumes porque la pesadez de ahora se disipará en viniendo la devoción, y ya no habremos de ser atraídas, por cuanto el olor de tus perfumes alentará para correr por nosotras mismas. Pero mientras llega ese momento, atráenos en pos de ti. ¿No ves cómo aquel que camina en el Espíritu no permanece siempre en un mismo estado ni avanza siempre con la misma facilidad, y que el camino del hombre no está en su poder, como dice la Escritura, sino que, olvidando lo pasado y atendiendo sólo a lo de por delante, debe ir corriendo a la meta, ora más ligero, ora más remiso, según que el Espíritu Santo, que es el arbitro soberano de las gracias, se las dispense en más o menos abundancia? Creo que, si queréis examinaros, a vosotros mismos, reconoceréis al punto por propia experiencia ser muy cierto lo que os voy diciendo.

5. Al sentirnos, pues, invadidos por la indolencia, la acedia, el tedio o la languidez, no os dejéis llevar de la desconfianza ni aflojéis en vuestro afán, sino buscad la mano de Aquel que puede asistirnos, instándole, como la Esposa, a que os atraiga en pos de sí, hasta que, habiendo reaccionado, por haber recobrado la gracia, os sintáis más dispuestos y alegres y podáis decir: Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos cuando ensanchaste mi corazón. Así que, mientras sopla la gracia, alegraos y aprovechaos de ella; pero de manera que no creáis poseer este don como por derecho hereditario que nadie os puede arrebatar, ni jamás podáis perderlo, no sea que, viniendo de repente a retirar su mano y a sustraer su gracia, caigáis de nuevo en el desaliento y os entristezcáis en demasía. En fin, no digáis en vuestra abundancia: No seré jamás derribado, no sea que pronto hayáis de repetir gimiendo con el profeta: Apartaste de mí tu rostro y al punto me vi conturbado; por tanto, si sois prudentes, seguiréis el consejo del Sabio, que os avisa diciendo: En los días buenos no te olvides de los días malos, y en el día malo acuérdate del día bueno.

6. No os dejéis, pues, llevar de la excesiva confianza en tiempo de consolación, sino clamad a Dios con el profeta: Cuando me ves desfallecido,

Señor, no me abandones. Mas cuando arreece la tentación, decid con la Esposa: Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus ungüentos. Con esto la esperanza no os dejará en los días malos, y la previsión no os faltará en los buenos: y así en adversidad como en prosperidad, así en consolación como en desolación, conservaréis una como imagen de la eternidad, es decir, la igualdad de ánimo y constancia invencible e inviolable en cualquier infortunio, bendiciendo a Dios en todo tiempo y permaneciendo, por decirlo así, en un estado siempre inmutable en medio de los sucesos imprevistos y de los desmayos inevitables en esta vida inconstante, comenzando a renovaros y a recobrar vuestra antigua semejanza con Dios, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación; pues viviréis en esto a la manera de Dios, sin abatidos en la adversidad ni mostraros disolutos en la prosperidad. Esto es, repito, en lo que el hombre, esa criatura tan noble hecha a imagen y semejanza de Dios, que le creó, demuestra estar próximo a recobrar la dignidad de la gloria antigua, cuando juzga indigno de él conformarse a este siglo en continuo fluir, prefiriendo, según el consejo de San Pablo, recuperar por medio de la renovación de su Espíritu el estado en que fue criado al principio; obligando así, como es razón, a este mundo, criado para él, a cambiar de rumbo y a conformarse con él de una manera admirable, haciendo que todas las cosas contribuyan y conspiren a su bien; de forma que, en algún modo, ellas cobran la forma que les es propia y natural y desechan la que les es extraña, reconociendo a su Señor, a quien estaban obligadas a obedecer en el orden de su primera creación.

7. Por eso creo que aquellas palabras que el Hijo único de Dios dijo de sí mismo, a saber: que cuando El fuese elevado de la tierra, atraería todas las cosas a sí mismo; pueden también aplicarse a todos sus hermanos, a todos aquellos que el Padre conoció y predestinó eternamente para ser conformes a su Hijo, que es su imagen, a fin de que El sea el Primogénito entre sus muchos hermanos. Yo puedo, pues, decir también: "Si fuere elevado de la tierra, atraeré todas las cosas a mí mismo". Y no pecho de temeridad, hermanos, al servirme de las palabras de Aquel de quien tengo el honor de llevar la semejanza. Mas no por eso se imaginen los ricos del siglo que los hermanos de Jesucristo tienen sólo derecho a poseer los bienes celestiales, diciendo él mismo Cristo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; no se imaginen, repito, que los hermanos de Cristo no alcanzarán otra posesión que la de los bienes celestiales, ya que, al parecer, sólo éstos se les prometen; sepan que poseerán también los de la tierra, mas esto será como quienes no teniendo nada lo poseen todo; no mendigando como miserables, sino poseyendo como dueños y propietarios, y siendo tanto más dueños propietarios de los bienes terrenos cuanto más desprendidos están de ellos, según aquella palabra que dice: todo, el mundo es como un tesoro para el hombre fiel. Digo todo el mundo, porque así adversidad como prosperidad y todo lo demás coopera a su bien.

(Obras Completas II, B.A.C., Madrid, 1955, 126 y ss.)